

posiciones breves é independientes, pero completas, y éste usó el P. Estella. *Periódico*, si la cláusula se compone de varios miembros, de tal modo encadenados unos con otros, que concurren todos al complemento de la idea general, y éste lo usó el P. Granada.

356. La **harmonía** es de dos maneras: *mecánica* la una, y la otra *imitativa*. La primera consiste en presentar de un modo grato al oído las palabras y los períodos artísticamente combinados. La *imitativa* consiste en adaptar á los sonidos, á los movimientos y hasta á las pasiones las voces, los movimientos y las maneras de decir que tienen cierta semejanza con ellos, como lo hace la figura *onomatopeya*, v. gr., el *estampido* del trueno.

357. No puede negarse, pues, que la harmonía hace muy agradable el discurso, y que con sus notas graves y llenas, ya agudas y elevadas á manera de una música melodiosa, es un medio poderoso para agradar y abrir las puertas del corazón humano; pues de nuestra parte hemos de poner todos los medios que están en nuestra mano, después de poner nuestra confianza en Dios; sin embargo, no podemos abusar de esta cualidad que ha de tener el estilo; porque entonces esta harmonía empalagaria, especialmente si se notase afectación en el orador. Procuremos formarnos en nuestro propio estilo con todas esas cualidades que le son tan necesarias, y pronto podremos recoger los copiosos frutos de nuestro trabajo.

LECCIÓN XXIX.

Géneros de estilo.

358. Podemos decir que contribuye á formar el estilo propio de cada uno la educación, los estudios, el genio, las inclinaciones y el gusto; y por tanto, la expresión oratoria, que es el cuerpo visible de la elocuencia, está sujeta á tantas

variaciones cuantas son las inclinaciones y gustos formados de los oradores; que por esto Buffón ha dicho que el estilo «es el hombre mismo.» Y así como la infinita variedad de rostros distinguen tanto á los hombres entre sí, y en esa multitud de semblantes distintos vemos como en un espejo sus sentimientos interiores expresados, así el estilo puede llegar á una variedad prodigiosa, siendo como es el rostro del ánimo, según la expresión de Cicerón: *Oratio cultus animi est*. El estilo es el signo revelador de las inclinaciones y gustos del orador, formados según la educación y los estudios; y por tanto, es inútil disputar sobre los principios fijos del estilo, cuando éstos faltan, y únicamente podremos establecer, como han hecho otros escritores, este axioma tan vulgar: «En materia de estilo, el juez árbitro y soberano es el buen gusto.» Tengamos presente que el estilo es la fisonomía del talento, de la pasión, del carácter del orador; estas palabras de Villamain lo definen en cierto modo exactamente: «Es el alma manifestada exteriormente por medio de la palabra.»

359. Visto ya lo que se entiende por estilo oratorio y las cualidades que deben adornarlo, evidentemente se deduce de esto que todo su atractivo, belleza y energía depende de observar las reglas indicadas, sobre todo la espontaneidad, porque ésta expresa el estilo propio de cada uno de un modo más expresivo y enérgico sin ser violentado; ofreciendo la ventaja que, siguiéndolo, puédese ir perfeccionándose y salir aventajado en su género. Y si bien es verdad, como ya dijimos, que, según los Santos Padres, el estilo es el semblante del ánimo, y que de éste recibe la vida; pues según que el ánimo está triste ó risueño, indiferente ó afectado, distraído ú hondamente preocupado, el estilo se eleva ó se abaja, lo cual hace tan difícil toda distinción y clasificación de estilo, como lo sería el querer clasificar todos los semblantes; con todo, desde muy antiguo los autores han convenido en hacer alguna clasificación.

360. Ellos distinguen tres géneros de estilo: uno que llaman *sumiso*, llano, sencillo ó tenue; otro *templado*, medio ó florido; y el tercero *sublime*, magnífico, grandioso ó vehemente. ¿Podremos llamar exacta esta clasificación? «No,

contesta el Sr. Martínez Sanz, porque el estilo resulta de los pensamientos, de la forma, de su expresión y del orden de las palabras en cada cláusula y en toda la oración; y siendo cosas indefinibles los pensamientos, las formas, las expresiones y los modos de coordinarlas, es imposible reducir y encerrar sistemáticamente en determinadas clasificaciones todos los estilos; así es que se han inventado ya, y podrán inventarse, epítetos sin número para distinguirlos: admitimos, pues, la clasificación de estilo sumiso, medio y sublime como convencional, no como filosófica." Esto confirma lo que en un principio hemos dicho sobre la prodigiosa variedad de estilos; sin embargo, esta clasificación está muy bien fundada, porque se ha observado que en los discursos oratorios generalmente domina alguno de estos tres géneros. El *sumiso* para las cosas tenues; el *templado* para las medianas, y el *sublime* para las grandes. Vamos á examinar sus caracteres.

I.—ESTILO SUMISO.

361. Este género, que es tan frecuente en las Santas Escrituras, se distingue por su claridad, exactitud, sencillez y naturalidad. Excluye toda afectación, y emplea únicamente los adornos naturales. Este género *sencillo* tiene encantos indecibles para insinuarse en el corazón de los oyentes cuando va acompañado de la pureza en el lenguaje. Pues, como dice Capmany: «La sencillez es la parte ordinaria de la elevación de sentimientos, porque como consiste en mostrarse tal como uno es, las almas nobles ganan siempre en ser conocidas.» Y sin duda á esta noble sencillez se debe en parte el gran fruto de los misioneros, sobre todo en sus pláticas doctrinales. Un párroco decia á sus feligreses en una Misión que se daba á su parroquia: «No os insto si por alguna causa no podeis asistir al sermón de la tarde; pero no consiento en manera alguna que falseis á las instrucciones de la mañana.» Y todas las madrugadas asistía él personalmente á las instrucciones familiares y sencillas de los misioneros. De tanta importancia las consideraba.

362. De ninguna manera puede creerse que se entiende por sencillez una cosa baja y grosera, nada de esto; la sencillez ésta tiene su nobleza de expresiones, la arrebatadora belleza de la verdad, que llega muchas veces á arrancar aclamaciones del auditorio, dice San Agustín: *Unde autem crebro et multum acclamatur ita dicentibus nisi quia veritas sic demonstrata, sic defensa, sic invita delectat?* Este modo de expresarse tiene un carácter especial de insinuación, agrada, no cansa, puede sostenerse por mucho tiempo, da lugar, con más facilidad que los otros estilos, para introducir cualquier aviso, explicar cualquier medio de perfección y prácticas de virtud. Y si no presenta campo para los grandes movimientos oratorios, en cambio lo presenta para predicar con sencillez evangélica las grandes verdades y enseñanzas de nuestra Santa Religión, que es el modo más conforme á ella; pues que siempre ha condenado la vanidad y presunción de los predicadores aseglarados.

II.—TEMPLADO.

363. Este género medio ó florido no tiene la sencillez del sumiso, ni la energía del sublime; tiene un término medio. Es susceptible de las galas de la elocuencia y primores del buen gusto. Los tropos y las figuras y el estilo sentencioso encuentran aquí un lugar distinguido. Adorna los clásicos panegíricos con sus más bellas coronas. De este estilo, que por su esplendor y galanura se le ha llamado florido, ha dicho San Agustín que su fisonomía es bella y esplendorosa: *Facies pulchræ ac splendide dictionis*. Sin que por esto deje de ser un adorno varonil y decente como conviene que use el elocuente eclesiástico: *Ille quoque eloquentia generis temperati apud eloquentem ecclesiasticum, nec inornata relinquitur nec indecenter ornatur*. En una palabra: este templado y florido estilo ha de fluir dulcemente, semejante, dice Quintiliano, á un bello arroyo de agua cristalina y pura, y que lo cubren con su sombra verdes flores por sus dos orillas.

III.—SUBLIME.

364. Este estilo es admirable en su apogeo: lleno de magnificencia, fuego y energía; vehemente, rápido y atrevido; lleno de grandiosas figuras, nobles ideas y sentimientos los más expresivos, arranca lágrimas, excita la admiración, trastorna el corazón, vence, triunfa. Es la verdadera elocuencia. No puede prolongarse, es demasiada fuerte su impresión, los oyentes por largo tiempo no la soportarían, ni el orador tampoco. Este género de estilo, enseña San Agustín, se distingue del templado no tanto por no tener tanto adorno de palabras cuanto por la violencia de los afectos del ánimo. Pues es susceptible casi de los mismos adornos; mas si no los tuviere, no los busca tampoco. Es llevado de su propio ímpetu, se apodera, si se le ofrece, de la belleza de la elocución, en fuerza de la misma ocasión, no del cuidado de buscar los atavíos. Le basta, pues, á ella por lo que se trata, que las palabras adecuadas se elijan no por industria de los labios, sino que sean producidas y sigan el vehemente ardor de nuestro pecho: *Satis enim est ei propter quod agitur, ut verba congruentia, non oris eligantur industria, sed pectoris sequantur ardorem.* Así se expresa el Santo.

365. El mérito de este estilo consiste en excitar en un grado elevado las pasiones, y en no debilitar el efecto que ellas han producido. No debe desvirtuarse la elevación á lo sublime del sentimiento obtenido por este género de estilo, á fin que nos conduzca al logro de lo que pretendemos, que es la completa conquista del corazón. Enérgicas figuras, rápidas interrogaciones, atrevidas apóstrofes sostienen este estilo en toda su vehemencia. «Aquí el orador llamará también á los difuntos, como á Apio el ciego, dice el P. Granda. Por su boca exclamará también la patria, y hablará con alguno, como se ve en la oración que dijo Cicerón *contra Catilina* en el Senado... Este género de hablar quiere las palabras magníficas y sonoras, y en asuntos atroces, como antes dijimos, ásperas al mismo oído, y digámoslo así, es-

truendosas.» Los Libros Santos abundan en rasgos de una sublimidad exquisita. Léanse con reflexión los Salmos, muchísimos de ellos son notabilísimos bajo este concepto: *Notus in Judea Deus.* (Ps. LXXV): «A tu amenaza, Dios de Jacob, adormeciéronse los que montaron en caballos. Tú eres terrible, ¿y quién te resistirá? desde entonces tu ira. Desde el cielo hiciste oír tu juicio: la tierra tembló, y se sosegó. Cuando se levantó Dios á juicio, para salvar á todos los mansos de la tierra.» Casi todos los Salmos en todo ó en parte tienen este lenguaje tan sublime y vehemente adornado de las bellas metáforas é imágenes grandiosas. Fuera de los Libros Santos ¿en dónde se encontrarán expresiones más grandiosas y sublimes que éstas puestas en labios del Omnipotente? *Levabo ad cælum manum meam et dicam: Vivo ego in æternum. Si acuro ut fulgur gladium meum, et arripuerit iudicium manus mea: reddam ultionem hostibus meis, et his qui oderunt me retribuam.* Léase detenidamente este cántico de Moisés, que ocupa casi todo el capítulo xxxii del Deuteronomio, y se verá que entonando ya el Santo Legislador en un estilo sublime desde el principio: *Audite, cæli, quæ loquor; audiat terra verba oris mei,* sostiene con entereza é igualdad esta sublimidad de estilo hasta el final de su cántico. No nos cansaríamos de hacer ver las bellezas de los Libros Santos, que tan abundantes minas ofrecen al sagrado orador.

366. Con esto se ve que el *estilo sublime* no consiste en huecas palabras y alharaca de frases, sino en el fuego y animación del discurso; no en la multiplicación de epítetos, y frivolidad de rebuscadas figuras, sino en la vida, en el alma del sentimiento y de la expresión en su más elevado punto, en las grandes figuras, en el calor y el movimiento del discurso, entonces el estilo sublime se muestra lleno de vida, en toda su energía; «entonces, dice Capmany, veremos que no tiene necesidad del curso uniforme de los períodos, ni de una elegancia cadenciada.»

367. Los misioneros han de tener presente esto. Ellos que tantas veces, como los Profetas, han de tronar contra los vicios de Israel, y han de pasar la vida entre las batallas que libran á tantos corazones rebeldes y endurecidos; para

que, con la ayuda de Dios, su celo ardoroso pueda conseguir grandes victorias contra todo el infierno junto, armados de la espada de la divina palabra, con este estilo vehemente y patético del que con tanta frecuencia han de hacer uso.

368. Nada se opone que los tres géneros se encuentren en un mismo discurso, aunque uno de ellos sea el dominante, cuyo nombre da al estilo, y esto por dos razones: la primera es de San Agustín, quien dice que las cosas grandiosas lo parecen mucho más al lado de las sumisas: *Ex illorum fiant comparatione grandiora, et eorum tamquam umbris luminosiora reddantur*. La segunda la da Cicerón para evitar una monotonía exagerada, que llegaría á causar hastío: *Omnibus in rebus similitudo satietatis est mater*. Y así una oportuna mezcla de estilos en la oración hace á ésta agradable, aunque se vaya prolongando: *Etiam si longius eat, decentius procedit oratio*, dice San Agustín.

369. Debe tenerse presente que *sublime* es lo superior, lo más elevado en su género. Hay la sublimidad *objetiva*, que está en las cosas, por decirlo así; y la *subjetiva*, en las ideas ó en los sentimientos, los cuales pueden expresarse con lenguaje natural y sencillo; pues el estilo sublime sólo resulta de la grandiosidad de la expresión; v. gr. *Fiat lux*; esto es *sublime de idea* que se refiere á lo sublime de las imágenes expresada con sencillez. «Mis palabras antes de herir vuestro corazón han herido al mío,» dijo San Crisóstomo; esto es *sublime de sentimiento*. *Si consistant adversum me castra non timebit cor meum* (Ps. xxvi), sentimiento sublime y expresión natural. Aunque haya sublimidad de ideas y sentimientos, lo repetimos, no hay estilo sublime sin la grandeza de la expresión. El Salmo cvi es sublime en las ideas, sentimiento y expresión.

370. Antes de concluir sobre el estilo observaremos que en cualquier género de estilo en que se ejercite el orador cristiano ha de ser popular, pues al fin y al cabo es el predicador de los pueblos; que debe expresarse en un estilo que todos le comprendan, al cual comunmente se ha convenido en llamar: *estilo popular*. Este estilo hace eficaz la elocuencia, el pueblo la comprende, se deja arrastrar á lo sublime, á lo heroico, aplaude, se electriza, da lugar al ora-

dor para los grandes movimientos oratorios, se remueven las grandes pasiones del pueblo, porque se les puede predicar con más libertad y sencillez el Santo Evangelio sin tantas filosofías, metafísicas, ni retóricas forzadas, libre la verdad de aquella pesada terminología, que muchos no la comprenden. Cicerón decía: «La señal infalible de que uno es orador, es de parecerlo al pueblo.» Y estaba de ello tan persuadido, que añadía: «Yo quiero que mi elocuencia sea gustada por el pueblo.» Mas esta palabra al mismo tiempo que popular, ha de ser digna del Santo Evangelio, y de las almas de cuya salvación se trata. «Yo me apresuro á decirlo, se exclama el P. Mullois, misionero apostólico, la popularidad del discurso no consiste en manera alguna en servirse de un lenguaje común, trivial y grosero; el pueblo mismo no lo quiere, y lo mira como ultrajante para su inteligencia y para su dignidad. El pueblo tiene mucho más tacto de lo que se piensa; él sabe perfectamente lo que conviene á cada uno, tiene un exquisito sentimiento de las conveniencias; él quiere que su orador hable mejor que él. Al pueblo le gusta la dignidad en la palabra; y por esto todas las veces que nombra delante de vosotros una cosa menos cortés, buen cuidado tiene de añadir su frase proverbial: *Salvo vuestro respeto*. Consideremos que á todos somos deudores, como decía el Apóstol, á los ricos como á los pobres, á los sabios como á los ignorantes; que el Santo Evangelio es para todos, y entonces nuestro estilo será popular, enérgico, eficaz y fructuoso para bien de muchas almas. La elocuencia de San Juan Crisóstomo fué muy popular, pero también muy aplaudida.